

VIRGILIO, POETA DE LA NATURALEZA

Xavier de Aizpuru

Si bien para muchos el nombre de Virgilio puede sonar como el de un autor prestigioso pero de lectura difícil, escolar, la presencia del poeta latino no ha dejado nunca de sentirse, ni en la literatura ni en las ideas. El 21 de septiembre de 1981 se cumplen 2000 años de la muerte del autor de *Las Bucólicas*. El aniversario coincide con una época en que el desmesurado crecimiento de las ciudades, y la dislocación de los equilibrios naturales que la sobrepoblación, la industrialización y el turismo traen aparejados refuerza la aspiración de muchas personas a una vida en armonía con la naturaleza.

Si la gloria es, como decía Rainer María Rilke, la suma de las incomprendiones y prejuicios que se forman en torno a un nombre, la siempre renovada fama de Virgilio sería un caso de incompreensión sumamente tenaz. Presencia permanente en la literatura occidental, fuente de concepciones filosóficas, ejemplo perenne de perfección verbal, Virgilio nunca ha dejado de ser obligada referencia cuando se trata de poesía.

Publius Vergilius Maro nació en los alrededores de Mantua, el 15 de octubre del año 70 a. de C. Entre los siglos IV y V de nuestra era, su nombre perdió la *e* de Vergiluis y ganó la *i* definitiva de Virgilio.

Recibió una esmerada educación en Mantua, Cremona, Milán y Roma y pudo seguir lecciones de gramática, retórica, filosofía y hasta matemáticas y medicina. Virgilio fue un hombre al día, incluso en lo que atañe a la ciencia de su tiempo. Su concepción del nacimiento del mundo se expresa en la VI *Bucólica*.

Pues cantaba sobre cómo se habían unido en el gran vacío las semillas de las tierras, del aire y del mar, así como del fuego claro; cómo se han amalgamado de estos principios todos los elementos e incluso el tierno globo del mundo.

(Versión de Bartolomé Segura Ramos. Alianza Editorial, Madrid, 1981.)

Su talento y su agradable personalidad le valieron la firme amistad y admiración de literatos y poderosos. Horacio fue su compañero íntimo. El gobernador del distrito norte del Po, Asinio Polión, y Mecenas lo apoyaron, y hasta el propio Augusto, que era sobremanera sensible a la música de los versos, ordenó que se devolviera al poeta sus propiedades paternas, confiscadas para repartirlas, como las otras tierras de las provincias de Cremona y Mantua, entre los soldados de las legiones de los triunviros en 41 a. de C. A este hecho se deberían las alusiones a un *deus nobis haec otia fecit* (un dios nos ha brindado estos ocios) de la I *Bucólica*.

Su vida transcurrió, pues, celebrado por todos. La popularidad y el afecto que lo rodearon no han sido igualados jamás por ningún otro escritor. Pero ello no quiere decir que cediese al aplauso fácil y que prodigase su arte. Sólo cuando su obstinado rigor de perfección estaba satisfecho, daba a conocer

sus versos. En 37 a. de C. aparecieron los diez poemas pastorales de *Las Bucólicas*. Siete años después, los cuatro libros de poemas didácticos sobre la agricultura, *Las Geórgicas*, escritos por encargo de Mecenas y dedicados a éste. Los siguientes once



Detalle del fresco "El Parnaso", de Rafael, que se encuentra en la Stanza de ella Segnatura, en el Vaticano. En el grupo de poetas coronados de laurel de la izquierda puede observarse a Homero, ciego, con Dante a su izquierda y detrás, Virgilio, que el pintor idealizó como un joven.

años los dedicó el exigente poeta a la preparación de los doce cantos de *La Eneida*. Con todo, no quedó satisfecho. Resolvió consagrar tres años por lo menos a terminarlos en las propias tierras de Grecia, allí donde Homero situó las acciones de sus epopeyas. Más el destino alteró sus planes. En Atenas se encontró con el César Augusto, quien le persuadió que regresase a Italia con él. Cayó enfermo y, cuatro días después de pisar tierra italiana, murió en Brindisi, no sin antes prohibir que se publicase *La Eneida*. Hasta ordenó, como precaución extrema, que el manuscrito fuese entregado al fuego. Pero el César, consciente del valor de la obra, decidió lo contrario y salvó para la posteridad los extraordinarios hexámetros.

Virgilio murió el 21 de septiembre del año 19 a. de C. Según su propio deseo, fue enterrado cerca de Nápoles. Sobre la tumba fue grabado un epitafio que algunos estiman debido al propio poeta:

Mantua engendróme; Calabria me ha raptado.

Desde ahora a Nápoles pertenezco.

Yo, que canté los campos, los pastores y los capitanes.

(Como las siguientes, esta versión es de Xavier de Aizpuru)

El impacto de su obra era tal que convirtió a Virgilio, después de su muerte, en un personaje fabuloso al que se le atribuían poderes mágicos y benignos. La superstición popularizó una forma de vaticinar el futuro' las llamadas *Sortes Virgilianae*, que consistían en abrir al azar cualquiera de sus libros, en la seguridad de encontrar en sus versos la predicción deseada. Y se dice que hasta el Emperador Adriano practicaba las *Sortes*.

La perfección de la forma

Aunque los estudios han señalado el hecho de que Virgilio debía mucho a los poetas e historiadores griegos y latinos y de que algunas eglógas, por ejemplo, de *Las Bucólicas*, son transposiciones o paráfrasis, ninguno de los detractores ha negado jamás la maestría formal de la obra virgiliana.

Esta es absoluta, en el sentido de la perfección con que la palabra -el verso- tiende a lograr el misterioso poder de la música, como diría Mallarmé.

La Eneida dicta las pautas dentro de las que ha de discurrir toda la poesía épica occidental desde la tardía Edad Media. *Las Bucólicas* y *Las Geórgicas* son el acabado exponente de uno de

los tópicos de la ética y de la literatura —el menosprecio de Corte y alabanza de Aldea— que tiene en nuestros días una resonancia particular en el movimiento que propugna el retorno a la naturaleza.

La Eneida es el poema cumbre de la antigüedad romana. Epopeya nacional y religiosa, celebra los orígenes y crecimiento del Imperio. Está fundada en los temas homéricos, y relata las aventuras de Eneas, el hijo de Afrodita y Anquises, de quien la leyenda dice que, después de la caída de Troya y de largas andanzas, llega al Lacio donde funda un establecimiento troyano que da origen a la raza y pueblos romanos. Los antiguos mitos y creencias de la épica homérica permiten a Virgilio glorificar a su propio pueblo y presentar la historia del Mediterráneo como una sucesión armónica de hechos que van a culminar en la fundación de Roma y en la expansión de su poderío hasta la época radiante de Augusto. La idea central del poema, consistente en la concepción de Italia como una sola nación, va a impresionar a los romanos profundamente.

Una fama sin eclipses

Contrariamente al caso de otros grandes poetas clásicos, la fama e influencia de Virgilio no conoce eclipses en Europa. Aún en las épocas de tumultos y guerras civiles de los primeros siglos de nuestra era, se reproducen sus textos y se comentan. (Cabe aquí acotar que no se posee ningún original. El más antiguo códice conocido, el Códice de Médicis, conservado en Florencia, data del siglo V.)

Todos los poetas y escritores de las sucesivas generaciones romanas se hacen eco de Virgilio. Y cuando el cristianismo llega y se afirma, tampoco su nombre conoce el olvido. Lactancio, entre muchos otros, quiere ver en unos versos de la *IV Bucólica* un vaticinio de la venida de Cristo:

Ya una nueva progenie de los altos cielos descende,

Ese niño cuyo nacimiento las edades de hierro
clausura

y las doradas para toda la gente del mundo comienza.

San Jerónimo y San Agustín conocen bien a Virgilio. La Edad Media no lo olvida. Juan de Salisbury transmite leyendas sobre él y su imagen se perpetúa en la piedra de palacios y catedrales. Pero es al borde de la nueva época, a principios del siglo XIV, cuando definitivamente Virgilio es consagrado como "honor y luz de los otros poetas" en los espléndidos endecasílabos de *La Divina Comedia* de Dante. Cuando llega el momento de la épica renacentista y sus prolongaciones, *La Eneida* dicta la pauta, de Ariosto a Ercilla, pasando por Tasso y Camoens, entre otros. Y hasta en la pintura misma se introduce el espíritu virgiliano, como puede verse en los cuadros de Apollonio di Giovanni, del Guercino, de Botticelli, de Rafael, de Poussin, de Lucas de Leyden y de otros, así como en la escultura de Leone Leoni.

Et in Arcadia ego

El imperio de Virgilio no se limita, sin embargo, a lo puramente estético, al ideal de la perfección literaria. *Las Bucólicas* y *Las Geórgicas* van a afianzar y prolongar a través de las edades no sólo formas poéticas sino también y principalmente una filosofía de la vida, una aspiración a vivir en armonía con la naturaleza que sigue siendo muy actual.

Obra política —en el sentido de que responde a los deseos de Augusto de exaltar las labores agrícolas, que habrían sufrido gran menoscabo en las guerras civiles y en las expoliaciones de que Italia había sido teatro, deseos transmitidos al poeta por su amigo Mecenas—. *Las Geórgicas* rebosan de conocimientos técnicos, y reflejan minuciosamente las tareas de los campesinos que cultivan la tierra. Como en *Las Bucólicas* el poeta se

refiere en ellas a su apacible infancia. Virgilio vivió su niñez y adolescencia "bajo el ramaje de las hayas." De aquí por que la obra, pese a su fin utilitario, posee un aliento lírico, personal.

Desde los primeros cinco versos, Virgilio anuncia el sentido y propósito de *Las Geórgicas*:

De cómo se obtienen las pródigas mieses,
Mecenas; bajo qué astro conviene ir removiendo
la tierra y hacer que el olmo se una a la viña,
sosteniéndola; de cómo cuidar los bueyes y,
diligente, apacentar los rebaños y de cuánta
acertada pericia las parcas abejas requieren, de
esto y de aquello, aquí el canto principio ...

Tal vez no sería aventurado decir que, más que la poderosa *Eneida*, son *Las Bucólicas* y *Las Geórgicas* las obras que prolongan la fama de Virgilio y dan actualidad a su espíritu.

En el momento en que se forman y crecen en Europa las ciudades modernas, en los siglos XV y XVI, al par que suceden las guerras y disturbios, los temas pastoriles, virgilianos, se ponen de actualidad. Todo ello fomenta también un pensamiento filosófico nostálgico de una supuesta Edad de Oro con que ya soñaron los antiguos y que dará frutos espléndidos en el tardo Renacimiento y después en el Siglo de Oro español. Porque, en verdad, es en Italia y en España donde esta literatura *virgiliana* da sus cosechas mejores. Basta con citar entre los españoles a Garcilaso de la Vega, Cervantes, Fray Luis de León o Lope.

Pocos han cantado como Virgilio el reino de la naturaleza. La presencia del poeta se siente no sólo en la calma de las bibliotecas y de los claustros universitarios, sino también en una forma modernísima y significativa de nuestra época: en las aspiraciones de los hombres y las mujeres que desean salvar los paisajes, defender los campos y los bosques, la pureza de las aguas, la fauna y la flora del mar y de la tierra, el aire, la vida, en fin. Y es casi seguro que si existiese una calculadora con memoria poética que recogiese el rumor de la muchedumbre de

los defensores del medio ambiente, transformaría ese creciente rumor en hexámetros virgilianos.

Sean, pues, propicios estos años del bimilenario de Publio Virgilio Marón a una acción mundial en defensa del medio ambiente, de manera que podamos seguir repitiendo aquellos versos de la *V Bucólica*.

En tanto que plazcan al jabalí las cimas y al pez las corrientes y de tomillo las abejas se nutran y de rocío las cigarras, ha de ser siempre tu nombre loado y mantenido en el honor de su fama.

(Reproducido de "Perspectivas de la UNESCO.")